

C A R A Y C R U Z Por IGNACIO AGUSTI

las almas no están muertas

LA noticia de que un grupo de treinta «mujiks» de todas las edades había cruzado las estepas para llegar a la Embajada americana en Moscú, nos ha devuelto la resonancia mística y épica de las mejores páginas de Tolstói. Infinidad de sugerencias han venido a nuestro ánimo con la lectura de la breve noticia. La primera de todas, la que se deriva directamente del suceso en lo que éste ha tenido de inesperado y sorprendente. A lo largo de medio siglo una noticia de ese estilo no se ha podido producir. Es muy posible que ese grupo de campesinos no sea el primero que busca desesperadamente dónde rendir culto público a Dios. Pero durante muchísimos años el peregrinaje de los grupos en busca del altar no ha podido llegar a nosotros. El eco de la noticia es, pues, ya la primera gravísima, extraordinaria consecuencia del trivial acontecimiento. Aunque el suceso obedezca quizá a condiciones de montaje previo que puedan escapársenos, el hecho cierto es que aparece por primera vez a la luz pública un tema que está enraizado profundamente en los sustratos del alma rusa y de la tierra en la cual se asienta el comunismo. Surge a la superficie un poderoso clamor espiritual y popular que, en las páginas de la mejor literatura rusa, siempre habíamos considerado como un patrimonio admirable de aquellas tierras cristianizadas. La extraordinaria anécdota nos revela que existe todavía, con pujanza, aquel espíritu que nos había admirado y que constituye el fondo, a la vez apacible y tormentoso, del arte, de la filosofía y el genio de Dostoiévski. El pueblo ruso, encarnado esta vez por esos treinta campesinos que han llegado a Moscú, prevalece justamente a causa de su fe.

En un libro titulado «La vida religiosa en la U. R. S. S.», publicado en francés por la casa Plon, leíamos hace unos meses una serie de noticias que eran para nosotros una novedad respecto a la profunda evolución sobrevenida en la conciencia religiosa de los rusos después de la guerra. En este libro, que nos pareció absolutamente apolítico y objetivo, por lo menos en la intención, se nos manifestaba la realidad, sorprendente para nosotros, de que el pueblo ruso conoce en estos instantes un auge espiritual que las autoridades soviéticas, a pesar de su estatal y radical ateísmo, no han conseguido refrenar y que se ven obligadas en cierto modo a canalizar y a dirigir. Según el documento, la iglesia ortodoxa ha conseguido regir la vida del culto religioso de manera que sea respetada y simplemente mantenida en una suerte de cuarentena, al margen de las consignas del funcionalismo ateo. Existe también una cierta tolerancia extraoficial para otros cultos, en el multitudinario mapa urbano y campesino de la U. R. S. S. La evolución ha sido grande, enorme, desde los tiempos del georgiano. Y ello, no por la flexibilidad del sistema que sucedió al dictador, sino por la evolución misma de los corazones y de los espíritus. Hubo, siempre según el libro, un hecho de enorme trascendencia en la vida espiritual del pueblo ruso. Este suceso fue la guerra misma. Según datos que hemos podido recoger —no solo en el libro a que nos referimos, sino en documentos y reportajes que nos han llamado la atención a lo largo de estos últimos años—, los mandos militares ya se vieron obligados en plena guerra a introducir en las unidades y en los batallones una figura nueva, que había estado lar-

gamente proscrita en la vida del comunismo ruso: la figura del «pope», del auxiliar de conciencia, del conductor de almas. En un relato que recordamos de la terrible batalla de Stalingrado, se nos cuenta que la figura del comisario político iba desapareciendo en el fragor de la batalla para que cada vez se alzara con mayor vigor la figura del párroco. A la hora de la muerte, la gente no quería dar su sangre por una idea política, ni siquiera por un concepto de patria, sin tener al mismo tiempo franqueado el ancho camino de supervivencia del espíritu y de la eternidad. La confianza, la fortaleza que emanaba en aquella circunstancia de los auxilios eclesiásticos eran razón suprema para que los hombres que tenían un fusil en las manos se quedaran en su lugar. Con solo el auxilio del comisario, las deserciones eran masivas.

Pierre Lazareff se asombraba —y así lo cuenta en su libro «Rusia después de Stalin», editado en España por la Editorial Nacional— y en el Día de Pascua de Resurrección, que es la máxima fiesta de la Iglesia Ortodoxa, de advertir en las calles de Moscú las largas hileras que formaba el pueblo a la puerta de las iglesias. Esa es otra imagen que nos recuerda las páginas de Dostoiévski o de Tolstói. Nos dice Lazareff que su asombro provenía no tanto de ver en apañadas filas al pueblo ruso, heterogéneo y llano, dispuesto para cumplir con sus deberes religio-

sugestión del horóscopo

La publicación en las páginas de TRIUNFO del horóscopo general para el año que acaba de empezar nos inmuniza ya contra las eventualidades. Revisando esas páginas sentimos el vértigo y la aventura de nuestros días futuros revelada en unas directrices alarmantes, y no por otra cosa, sino por el hecho de que ya están escritas. El horoscopista nos ha metido en un carril y es probable que ya no podamos apearnos libremente hasta la conclusión total del año. Nos podríamos lanzar ahora urgentemente a sindicarnos por signos zodiacales. Los nacidos bajo el signo de Virgo, tal es mi caso, afrontaríamos en colectividad los sucesos que se acercan —temperantes e intemperantes— con mucha mayor seguridad si fuéramos todos juntos. La cuestión de desafiar al destino —eso que pretendían en sus dramas los personajes de José de Echegaray— ya no se puede hacer individualmente. ¿Os imagináis si todos los que nacimos en Virgo nos declaráramos en rebeldía contra el implacable e insoslayable paradigma al que debemos, según parece, someternos ahora sin excusa?

Y, sin embargo, qué hermoso es hojear, zambullirse en el contenido de esas páginas que dejan el ánimo en suspenso. Los augures, los sibilos adivinadores, los anticipadores de nuestro futuro no hacen, en definitiva, más que prefigurarlo. Un gran escritor francés, a quien leía una gitana las líneas de la mano, echó de menos en ella la línea de la fortuna. El escritor cogió un cuchillo y trazó, con sangre, esa línea. Queremos, en suma, que nos tracen las líneas

que no están y esa es la virtud de los horóscopos. Lo que está —la existencia cotidiana, la habitual, la rutina, el pan de cada día— no necesita ser leído. Nuestra avidez es de un porvenir que modifique toda nuestra estructura; y no hay misterio, ni intriga —ni, en suma, felicidad humana o realidad soñadora— sin radical mudanza.

Se leía en las entrañas de las bestias sacrificadas, en las noches terribles de la historia y de la gran tragedia, los sucesos escalofriantes que iban a ocurrir. Aquel era un mundo convulso, a cuya mudanza asistían la magia y el horóscopo. No es rara la «Orestíada» sin semejantes auxilios. La vida humana se ha mixtificado porque los hombres nos sentimos obligados, sencillamente, solo a pagar la contribución según los datos y las cifras que facilitan, pulsando un botón, una máquinas electrónicas. Tal vez por eso no ocurra jamás casi nada. No se trata ya de leer las sacudidas de la historia, los sesgos inmediatos de lo que va a acontecer en las entrañas palpitantes de un cordero recién sacrificado. Se abre ahora una chapa de «duralex» y aparece un aséptico rodillo interminable de papel, donde se nos dice, en espeluznantes microsesinas de dinero, lo que nos va a pasar individualmente el mes que viene.

Quizá por eso el coro de la tragedia sea tan mediocre y disparatado. Y quizá por eso nos entrecamos con afán en la lectura misteriosa de los horóscopos, para sacudimos la simple lección de un porvenir en el que somos un artículo numerado, una cifra con virgula y añadido final de calderilla.

que no están y esa es la virtud de los horóscopos. Lo que está —la existencia cotidiana, la habitual, la rutina, el pan de cada día— no necesita ser leído. Nuestra avidez es de un porvenir que modifique toda nuestra estructura; y no hay misterio, ni intriga —ni, en suma, felicidad humana o realidad soñadora— sin radical mudanza.

Se leía en las entrañas de las bestias sacrificadas, en las noches terribles de la historia y de la gran tragedia, los sucesos escalofriantes que iban a ocurrir. Aquel era un mundo convulso, a cuya mudanza asistían la magia y el horóscopo. No es rara la «Orestíada» sin semejantes auxilios. La vida humana se ha mixtificado porque los hombres nos sentimos obligados, sencillamente, solo a pagar la contribución según los datos y las cifras que facilitan, pulsando un botón, una máquinas electrónicas. Tal vez por eso no ocurra jamás casi nada. No se trata ya de leer las sacudidas de la historia, los sesgos inmediatos de lo que va a acontecer en las entrañas palpitantes de un cordero recién sacrificado. Se abre ahora una chapa de «duralex» y aparece un aséptico rodillo interminable de papel, donde se nos dice, en espeluznantes microsesinas de dinero, lo que nos va a pasar individualmente el mes que viene.

Quizá por eso el coro de la tragedia sea tan mediocre y disparatado. Y quizá por eso nos entrecamos con afán en la lectura misteriosa de los horóscopos, para sacudimos la simple lección de un porvenir en el que somos un artículo numerado, una cifra con virgula y añadido final de calderilla.